

**Paterson, Thomas G., Soviet-American Confrontation: Postwar Reconstruction and the Origins of the Cold War, Baltimore, Maryland, USA, The Johns Hopkins University Press, 1973, 288 pp.**

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, el panorama general en la mayoría de las naciones europeas era de ruina y desolación. A lo largo de Europa, las economías estaban virtualmente paralizadas; gran parte de las plantas industriales habían sido cerradas por falta de nueva maquinaria, materias primas y tecnología; las ciudades fueron reducidas a un montón de escombros y poblaciones enteras habían sido desarraigadas de su territorio. Casi treinta millones de europeos murieron durante la guerra y otros tantos padecían hambre. En una palabra, Europa mostraba los aterradores efectos de una de las guerras más crueles en la historia del siglo xx.

Por su parte, los Estados Unidos, situados en el Hemisferio Occidental y protegidos por dos grandes océanos, presentaban un dramático contraste respecto a la situación europea. Durante la guerra, la situación económica norteamericana mejoró notablemente; por ejemplo, el producto interno bruto se incrementó durante esos años de 91 000 millones de dólares a 161 000. Más aún, con el envío a los aliados europeos de bienes manufacturados y de producción por un valor superior a los 30 000 millones de dólares, el crecimiento industrial norteamericano desplegó un dinamismo hasta entonces desconocido. En el aspecto militar, a pesar de su significativa participación en el combate contra la amenaza del Eje en Asia y Europa, la nación norteamericana no había sufrido agresión alguna en su territorio, y no obstante, se

había encargado de gestar la "solución" mediante una articulación militar a nivel global que incluyó la utilización de la bomba atómica sobre las indefensas poblaciones de Hiroshima y Nagasaki. Así, al terminar la guerra, los Estados Unidos se convirtieron en la nación económica y militar más poderosa del mundo.

Las condiciones de destrucción material y devastación humana en las que se encontraba Europa en los años de postguerra fueron un pre-requisito para que en su crisis de recuperación, las naciones europeas aceptaran el financiamiento norteamericano. La participación de los Estados Unidos en la reconstrucción europea fue una necesidad aceptada tanto por norteamericanos como por europeos; para los primeros, significó la oportunidad de reformar el sistema capitalista bajo su égida indisputada, al desplazar formalmente al Imperio Británico —entonces en ruina— en los aspectos económico, político y militar; para los segundos, la "protección" financiera y militar de los Estados Unidos era la única opción disponible para su supervivencia como naciones.

La obra del profesor Paterson es un estudio serio y detallado de las políticas practicadas por la diplomacia norteamericana en la reconstrucción europea y la Guerra Fría. El autor enfatiza el papel que jugaron en los orígenes de esta última las fricciones diplomáticas y las confrontaciones políticas producidas entre los países aliados, centrándose fundamentalmente en los conflictos entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. A través de una exhaustiva y sistemática investigación de las fuentes históricas (libros, documentos, tratados y memoranda) relativas al periodo de 1943 a 1948, Paterson muestra de manera amplia el carácter "arrogante, expansionista e inflexible" de la diplomacia norteamericana.

Para cumplir con sus propósitos de explicación y análisis de la diplomacia norteamericana, Paterson cuestiona seis periodos de fricción y decisión diplomática: 1) El comprendido entre fines de 1943 a mediados de 1944; 2) de abril a agosto de 1945; 3) de febrero a junio de 1946; 4) de septiembre a octubre de 1946; 5) de febrero a junio de 1947, y 6) los comienzos de 1948. La selección no es arbitraria, ya que, según el autor, éstos fueron periodos relativamente cortos en los cuales los líderes y principales negociadores diplomáticos mundiales elaboraron decisiones y ejecutaron acciones de trascendencia histórica.

Uno de los elementos inherentes al desarrollo de la diplomacia norteamericana —también analizado por el autor— es la ideología de "la paz y la prosperidad", que afirmaba que la paz, la estabilidad política y la contención del comunismo en el mundo dependían de una economía internacional saludable y un comercio mundial de libre intercambio. Esta ideología, plasmada poste-

riormente en la Doctrina Truman, se convirtió en un factor esencial en la configuración de la diplomacia norteamericana en dos sentidos: primero, porque contaba con el apoyo de los grupos corporativos y gubernamentales más poderosos en el interior del Estado norteamericano; y segundo, porque en la solución de los problemas externos, desembocó, al menos parcialmente, en la justificación de estrategias de confrontación y coerción, adoptadas a partir de la administración Truman. Esta tendencia —“mano dura”— se analiza con abundante evidencia empírica y documental en los enfrentamientos que se originaron entre las potencias en sus respectivas áreas de influencia. En esta obra se estudian en detalle, entre otros, los casos de Checoslovaquia, Polonia, Rumanía, Grecia, Turquía, Irán y Alemania. Por supuesto, el Plan Marshall es incisivamente analizado por el profesor Paterson como el instrumento esencial de confrontación de la diplomacia norteamericana.

Asimismo, cabe señalar que es notable el análisis realizado por el autor sobre la utilización coercitiva por la diplomacia norteamericana de instituciones internacionales tales como las Naciones Unidas, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y Bretton Woods, creadas para la resolución de conflictos durante ese periodo. La manipulación tenía como objetivo principal la obtención de concesiones políticas y económicas de los países afectados por la guerra, en especial la Unión Soviética. Según el autor, los millones de dólares que Wáshington gastó en préstamos, comercio y ayuda exterior se fundaban en la intención de construir una economía internacional “próspera” e interdependiente que permitiera, dentro de su retórica, “un mundo abierto, pacífico y democrático, libre del comunismo, del totalitarismo, del ferviente nacionalismo y de la guerra”, **bajo las directrices norteamericanas.**

Una de las conclusiones más importantes del estudio es que la seguridad nacional y el bienestar económico de los países europeos dependieron de la recuperación exitosa del estado de destrucción en que éstos se encontraban, siendo el hecho más sobresaliente de este periodo el que los Estados Unidos poseyeran los recursos necesarios —el poder económico— para resolver la crisis de recuperación europea. El autor no olvida que el poder atómico siempre estuvo presente en las negociaciones, aunque para él, su influencia en los asuntos internacionales de postguerra fue limitada.

Para Thomas Paterson, el punto excepcional de la diplomacia norteamericana durante el periodo de la postguerra debe buscarse en la combinación de los distintos factores que la conformaban, esto es, la combinación de la ideología de “la paz y la prosperidad”, la existencia de líderes de “mano dura”, las for-

mas ideológicas de interpretación de la historia por parte de líderes y diplomáticos norteamericanos y, fundamentalmente, la presencia y el reconocimiento de la superioridad económica y militar de los Estados Unidos.

Para el público y los especialistas latinoamericanos interesados en las relaciones internacionales de postguerra, este estudio constituye una contribución importante, ya que presenta un documentado análisis del elemento subjetivo de los principales negociadores y diplomáticos norteamericanos durante ese periodo. En fin, Paterson proporciona una detallada descripción sobre el papel decisivo de esa dimensión subjetiva en la articulación del irrefrenable expansionismo norteamericano bajo la protección ideológica de una pretendida política de contención. Como lo expresara nítidamente el historiador norteamericano Robert W. Tucker:

En un proceso dialéctico tan antiguo como la historia del arte de gobernar, la expansión ha mostrado ser la otra cara de la moneda de la contención. Para impedir la expansión de otros, o lo que era percibido como tal, nuestra propia expansión se tornó necesaria. De esta manera, el curso de la contención se convirtió en el curso del imperio.

**Sergio D. Vega y Cánovas**